

BENDITA PERDICIÓN

Karin Milagros



Image not found.

Capítulo 1

JULIO

Vocalista de una banda de punk rock, cabellos largos, leonino de culto al cuerpo. Mis estereotipos se cayeron por los suelos. ¿Qué timidez deliciosa era aquella que venía de una mente que transbordaba conocimiento e instantes de sabiduría?

Esbozando una de sus raras sonrisas, dijo que las palabras habían sido creadas para mentir. ¡Flechazo! Me vi en él y lo abracé efusivamente. La distancia que nos separaba era la del sentir, yo todo y él casi nada. Precisamente allí estaba la receta de tanta atracción. En un mundo de palabras mentirosas donde ninguno quería parar de oír, sería él el maestro del sentir menos. Todo resonaba.

—Eres una de las mejores cosas que mi mente ha creado —dijo antes de irse, colocando sus brazos fuertes alrededor de mi cuerpo por algunos minutos.

Entonces, pude sentir la lucha su corazón: las palabras mentirosas querían volverse verdaderas. Él había sentido.

Capítulo 2

UNA SONRISA PARA LA MUERTE

Su mensaje llegó inesperadamente. Como siempre, pocas palabras.

—Hola. ¿Te puedo ver hoy?

Algunas horas después me encontraba entre sus sábanas, filosofando sobre la vida, permitiendo que mis verdades sean exterminadas, sintiendo, sonriendo orgásmicamente. Había olvidado como era conectar. El toque, el control, su seguridad introvertida y obscura, los jalones de pelo más tiernos que ya me dieron. Entendía sus dosis de misterio, estaba aterrizada y fascinada al mismo tiempo. ¿Cómo eso era posible?

La experiencia conversaba conmigo y me decía: "Para de sentir, aún no pasó un año desde la última vez que...". La interrumpí. Luché por instantes. Era objetivo de su caza y tenía miedo. Aun así quería ser devorada.

—No sé cómo me has podido gustar tanto en tan poco tiempo —dijo el león de la gran melena, dándome en seguida un abrazo apasionado.

Por instantes, volvieron mis últimos aires de inocencia. Me desdoblé y me vi en mis retratos antiguos, con una sonrisa tan amplia y tímida que no me reconocía más.

Mandé el miedo al mismo demonio.

—Me encantas. ¿Dónde estuviste? Estabas tan cerca y nunca te vi —respondí mirándolo a los ojos.

Sus labios se encontraron con los míos y se abrieron sutilmente, permitiendo dosificar la humedad. Eso bastaba para llevarme a dimensiones desconocidas. Sentía morir cuando me besaba. Quería morir cuando lo hacía.

Capítulo 3

DUDAS

No resistimos esa noche. Ya nos extrañábamos.

El león estaba dentro de mí cuando sucedió la conexión mágica. Ambos estáticos, abrazados como si quisiéramos volvernos solo uno, sentíamos en el ambiente una mezcla de aromas peculiar. Aceites de coco y sándalo que derramé en su piel, mi perfume de vainilla, incienso de pachuli, feromonas, fluidos corporales materializando nuestra energía.

—Te quiero —dijo con la naturalidad de quien parecía no temer nada.

Lo había oído anteriormente, pero no quise darle importancia. En esos momentos, prefería dudar, pisar tierra. Todo era muy rápido. Ambos lo sabíamos. ¿Pero cómo evitar sentir? Y si debía sentir, ¿cómo podría hacerlo con los pies en la tierra si él me llevaba a las nubes del cielo con sus caricias y al fuego del infierno con tanta pasión? La tierra era solo una ruta para el destino final.

—Qué bueno que me lo digas. Yo también te quiero — respondí intentando controlar mis emociones.

—Ya te lo había dicho antes.

—Lo sé —repliqué.

Un momento de silencio se apoderó de la habitación. Yo continuaba evitando dar importancia a sus palabras. Mi intensidad estaba siendo controlada por mis dudas.

Como buen cazador, el león podía sentir el olor a miedo. Alejó su cuerpo del mío y me penetró, esta vez con sus ojos negros. Una vez más yo estaba en la mira del rifle.

—¡Como me encantas! Te deseo, te quiero —soltó con su voz monótonica y misteriosa—. Aun no te puedo decir qué es, pero hay algo muy fuerte que me atrae en ti.

Sentí sus palabras como un pez que muerde el anzuelo y percibe el peligro. No quería saber más. Era demasiado. El motivo era obvio. El mismo móvil del flechazo era el que atraía mi miedo. La pregunta siguiente era inevitable.

—Si las palabras se inventaron para mentir, ¿cómo podemos saber cuándo se dice la verdad? —indagué.

—No lo podemos saber —contestó sin titubear.

—Solo sentir —completé conformada.
—Sí, solo sentir.

Capítulo 4

EL MAESTRO

Lo que me atrajo de Stanley no fue su barba gris ni el par de pequeños y alegres ojos azules que revelaban su origen caucásico. Me encendían más bien sus casi 50 años llenos de misterio, registrados en el cuerpo más bello que había visto. Un poco más alto que yo y con una ecuanimidad que bordeaba una aparente arrogancia, me analizó sutil pero minuciosamente.

Desde aquel momento, sabía que se trataba de un destacado maestro de la vida. Con impresionante sagacidad, él traducía cada mensaje encriptado por mi mente. Sus miradas perspicaces danzaban en vaivén con la fugacidad de la luz, confundiendo más mi instinto en su intento de interpretar su hábil jugada. ¿Cómo defenderme del ataque de un perito del lenguaje corporal?

– ¿Qué pasa? – pregunté avergonzada al oír su abrupta y casi imparable carcajada.

– Nada. – Algo que dije te incomodó, respondió señalando mis pies.

– Sí – lancé de inmediato, con la sorpresa de quien, en su inmodestia, creía haber mantenido sus emociones imperceptibles.

En ese instante confirmé mis sospechas. Independientemente del tiempo que pasara con él, no lo había encontrado para aprender poco.

– Caminemos – propuse.

Quería saber más de aquel hombre que por momentos percibía como un maestro de esos que una se enamora cuando está en la escuela.

Algunas horas después, ya de madrugada, mis piernas estaban sobre las suyas en un pequeño parque de la ciudad. Entre castellano e inglés, había escuchado con atención resonantes relatos que revelaban sus perspectivas de vida. Mi mapa sexual advertía una fórmula explosiva en su proceder. Sus feromonas altamente atractivas a mi olfato felino complementaban el enmascarado pavoneo de un hombre-sabio-humano.

Cuando el primer beso llegó, yo ya estaba al límite del descontrol. Quería tomar la iniciativa pero, aunque evitaba demostrarlo, su proximidad hacía aflorar en mí una niña torpe, tímida e incapaz de aventurarse delante del experto profesor. Con la destreza de un mago, me tomó en sus brazos y rápidamente me sentó en sus piernas. Levantó suavemente mi quijada y la giró hacia su rostro haciendo que sus labios me muestren por primera vez el sabor de la lujuria en su madurez. Su boca y su lengua se alternaban. La primera, impetuosamente calmada, presionaba la mía por

algunos segundos antes de dar lugar a la segunda, tan talentosa como una bailarina dedicada y bien entrenada por los años.

Mientras me besaba, sentía su innegable deseo de poseerme, hermosamente controlado por la paz de quien sabe disfrutar del momento. Cual hábil maestro, su lengua hacía de mi cuerpo entero un instrumento que interpretaba a su ritmo y cadencia "Las cuatro estaciones" de Vivaldi.

Entre allegros, largos, prestos y adagios, mi mente se desvanecía y recuperaba los sentidos. La impresionante oscilación calculada de cada movimiento parecía haber sido ensayada previamente, tal era la sincronía.

Indudablemente, si mi autocontrol hubiera fallado y el palco de tan maravilloso concierto no fuese iluminado por la luna y las estrellas, los ya incipientes gemidos y caricias hubieran sido abrigados y acogidos esa misma madrugada por un telón hecho de sábanas.

En esa imaginaria presentación sin espectadores, maestro y solista hubieran ejecutado la pieza hasta la última nota, movidos solo por el deseo de llegar a expresar el frenesí del Invierno en un apasionado y comedido allegro non molto. Luego, un largo cadente ofrecería espacio y calma suficientes para apreciar la belleza de cada toque. Por fin, el clímax del allegro culminaría en un silencio contaminado por sollozos post orgásmicos y gotas escurriendo en cuerpos aun trémulos y vidrios empañados.

No veía la hora de encontrar al maestro nuevamente. Era la primera vez que una amante del verano deseaba la llegada de la estación más fría del año.

Capítulo 5

AGUAS DE MOCA

Cuando mi sensible olfato percibía olor a café o chocolate, la excitación era inmediata. La salivación excesiva alertaba mi cuerpo sobre la necesidad de sentir el placer embriagador que solo ellos eran capaces ofrecirme. No importaba la hora o el lugar, el deseo era casi irrefrenable. Podía evitarlos por algún tiempo, pero tarde o temprano caía en tentación nuevamente.

Así sucedía con Moca, la personificación del carisma y la seducción innata. Moreno, alto y de exuberantes cabellos negros, tenía la actitud de un macho alfa siempre listo para esparcir sus genes en las hembras mejor dispuestas. Y yo no era la excepción.

¿Moca?... ¡No puedo creerlo! ¡Estaba pensando en ti, enviándote energía de gratitud! – respondí sorprendida al recibir su llamada.
¡Te sentí! – replicó con la voz grave y eufórica de siempre.

No era la primera vez que nos reconectábamos de forma tan singular. La sincronía era tal que me impidió resistir a su disimulado galanteo el día en que lo conocí. Y es que él, aun siendo casi una década menor que yo, había llegado para regalarme una de las más grandes lecciones: el desapego.

¡Acércate mujer, hace frío! – exclamó al entrar a mi carpa, después de un flirteo que se había prolongado por horas.

Invasada por un fuego arrebatador, pero aun con la inseguridad de quien no conocía el gustillo del sexo casual, aproximé mi cuerpo al suyo. De inmediato, tan determinado como desvergonzado, el dios moreno me besó apasionadamente. Sus manos nerviosas me exploraban sin piedad impidiéndome de reaccionar a su intrépida maniobra. En pocos segundos ya me encontraba navegando en sus mares agitados. ¡Y qué agitación! Era un tsunami devastando el territorio de una isla que desconocía el poder de una enfurecida pero sabia naturaleza.

Era la primera vez que decidía disfrutar de los placeres de la carne sin esperar más. Su casa y la mía pasaron a ser testigos de nuestro fulminante erotismo. No obstante, mi necesidad de anclar en ese océano de incertezas crecía a cada encuentro.

Su mar aún era innavegable pero yo, necesitada de un significado en una vida que realmente no valoraba, insistía en adentrar en sus aguas. Y

cuanto más lo deseaba, más me sentía a la deriva.

Mi barco fue testigo de innúmeras noches tormentosas y días inacabables de soledad. Cuando finalmente encontré la costa y pisé tierra, mi cielo despejó. Había arriesgado mi vida en aquel océano. Solo cuando decidí aceptar su fuerza y lo dejé fluir a su propio ritmo entendí todo. Para amarlo debía dejarlo ser, sin interferir, sin desear, sin apegarme. Le agradecí y me despedí.

Fortalecida por mi consciencia, tuve tiempo para explorar mi propio territorio. En el abrupto camino, noté árboles derribadas por huracanes de celos y posesividad que solo con el tiempo serían absorbidas por la tierra. El flujo de mis ríos estaba bloqueado por troncos de carencias afectivas y autoengaños que poco a poco fueron disolviéndose en sus aguas. Por momentos, el sol de mi corazón me iluminaba y podía reconocer cada detalle. En otros, las nubes del ego me cegaban y me pedían que me refugie en brazos de mares menos agitados. Y así fue.

Nuevas experiencias me permitieron identificarme tan salvaje como aquel océano de café y chocolate que había dejado atrás. Yo también era capaz de provocar tsunamis que destruían todo lo que encontrasen en el camino. Para bien o para mal, esa agitación era necesaria para mi crecimiento personal y el de quien se había dispuesto a acompañarme.

Sí, yo no era diferente de Moca mas idéntica a él. Oscilante pero eterna, fugaz pero adictiva. Hoy, más libre, cuando la vida nos da la oportunidad de reencontrarnos, me permito saborear sin expectativas el delicioso chocolate y café amargo que solo el tiempo y mi comprensión sobre los misterios del universo un día pudieron endulzar.

Capítulo 6

SIN LÍMITES

Me despertó con un abrazo apretado, como si me amara. Pero yo sabía que no era amor, era un enorme deseo de dar afecto. Su cariño desinteresado era tanto que parecía ser mi versión masculina.

Con Daniel, había pasado una de las mejores noches de mi vida. Vegano, abstemio y geek, tenía un cuerpo deliciosamente esculpido por rutinas intensas de actividad física. A sus 36 años, desfilaba por las calles de la ciudad con su cara de veinteañero cubierta por una frondosa barba que poco ayudaba a disimular su aire inocente. Paradójicamente, sus prolongados silencios y su capacidad de escuchar mis historias me indicaban que había mucho que aprender de aquel niño-hombre de pocas palabras.

Casi no hacía preguntas y cuando me respondía, lo hacía con una brevedad y honestidad incomparables. Su capacidad de desvestirse el alma era un baño de agua limpia en mi piel llena del lodo de la experiencia. Su tranquilidad me traía paz.

Caminamos por horas. Su compañía era tan agradable que deseaba que el tiempo pare.

- ¿Te puedo pedir algo? - pregunté, deteniéndome por un momento. - No quiero que pase nada entre nosotros. Seamos amigos.
- Está bien - respondió con su sonrisa tímida.

Mis palabras traducían mi deseo de detener lo irrefrenable. Yo lo quería como amigo. Veía un alma bella en ese ser tan enigmático. Quería compartir con él el amor que solo una amistad verdadera es capaz de ofrecer. Pero también lo deseaba. Deseaba su misterio, su timidez, su cuerpo de hombre con cara de niño.

Cuando el apetito llegó a extremos no pude contenerme más. Me había identificado tanto con él que no entregarme se había vuelto una tortura. Me di cuenta de la intensidad de su sexo con apenas tocar su cuello. Gemía tiernamente. Su excitabilidad acababa con cualquier intención de raciocinio. Solo deseaba besarlo y descubrir la magnitud de su sensibilidad y la amplitud de su placer.

- ¿Cuál es tu límite? - indagué.
- Hacer daño. Hago todo, excepto dañarme o dañar a alguien.

Su respuesta trajo instantáneamente una curiosidad salida de algún lugar

recóndito de mi mente.

- ¿Ya has estado con un hombre?

- No – respondió.- Pero no me cierro a la posibilidad.

¡Bum! Corazón latiendo a mil por hora. Se trataba de un hombre delicioso que entregaría mucho más que su cariño. Imaginarlo en esa situación me erizó los pelos y sentí una excitación que desconocía. La confesión de su bisexualidad fue el detonante del volcán inactivo dentro de mí.

Cuando decidí rendirme a su seducción impensada, tuve un reencuentro con una intensidad que había olvidado con los años. Era extrema pero sutil como sólo dos veces en mi vida había sentido: con una mujer y con un hombre virgen.

Daniel era así, tenía un aire virginal y un lado femenino que afloraba sin pudor. Adoraba besarme mientras me penetraba. Me acariciaba y sonreía dulcemente. No contenía ningún gesto. Era un macho gustoso con una ternura que podría enamorarme en mis tiempos de adolescente.

- Quiero penetrarte – susurré en su oído mientras él se movía suavemente dentro de mí.

- ¿Sí? – respondió en éxtasis - ¿Me quieres penetrar?

Yo parecía haber dicho las palabras mágicas. Su ritmo fue aumentando hasta llevarme a un nivel de locura inimaginable.

Alucinados y ya navegando en un mar de sudor, nos detuvimos un momento. Mientras él se preparaba, yo me disponía a satisfacernos de una forma que no había hecho antes. Estaba nerviosa. No sabía cómo proceder ante tal situación.

Comencé besando sus piernas y su abdomen con toda la entrega que podría darle. Me sentía tan inexperta como en mi primera vez pero deseaba su cuerpo tan vehementemente que sólo estaría satisfecha al penetrarlo. Y así lo hice, con mis dedos empapados en aceite de coco, devolviéndole toda la atención y el cariño que me había dado.

- Despacio, despacio – me pedía mientras gemía con los ojos cerrados, acariciando su pecho y masturbándose cuidadosamente.

Verlo así me excitaba al extremo. Sus gestos me parecían sublimes.

La escena me dejó anonadada. Sólo deseaba oírlo más, verlo más, respirar todos los aromas mezclados en el aire y en su cuerpo precioso. Olía a sexo sin límites con esencia de cariño.

Cuando sentí que ya era suficiente, mis dedos dejaron su nido de placer.

- ¿Cuántos dedos me metiste?
- Dos – respondí sonriendo.
- ¡Qué rico! – exclamó tomándome en sus brazos y penetrándome nuevamente.

Daniel no paraba, sólo hacía breves pausas y volvía a cogerme como un pequeño tigre devorando a su presa. Pequeño solamente por la ternura con que lo hacía. Porque lo que hacía era digno de un grande.

Así nos pasamos toda la noche, compartiendo fluidos, palabras, secretos y pasión. A Daniel, aquella noche, le di una intimidad que nunca había dado. A cambio, él me dio su honestidad, su cariño y su cuerpo, sin límites.

Después de horas, la extenuación llegó. Y en medio de la oscuridad de la madrugada, preguntó:

- ¿Y tú, qué me dices? ¿Cuál es tu límite?
- No sé. Creo que hacer daño también. Pero contigo, Daniel, yo quiero probarlo todo.